



UN TUCÁN, LA GLOBALIZACIÓN Y UNA SOCIEDAD SOSTENIBLE

Dr. Heinrich Schäfer

En los días en que recibí la invitación a participar en esta ronda de pláticas, La Nación sacó en primera plana una foto con los presidentes de Costa Rica y del Brasil. Se observa a Fernando Henrique Cardoso regalándole una artesanía brasileña a José María Figueres. Sí, sí, Uds. escuchan bien, y el comentario de la foto lo subraya, es el brasileño que le regala al costarricense aquella artesanía: un tucán, como si Costa Rica no tuviera sus propios tucanes. Poco después tuve que partir a un viaje al Brasil. De este modo, a mí se me presentó la coincidencia de reflexionar sobre el contraste entre las sociedades posibles e





imposibles bajo la impresión inmediata de dos sociedades latinoamericanas realmente contrastantes. Además, yo no soy de ninguna de ellas. Vivo por un cierto lapso de tiempo en Costa Rica, y el país me gusta. Pero mantengo una mirada desde afuera. Una mirada desde afuera puede equivocarse bastante, pero también puede descubrir detalles que la mirada desde dentro no logra ver. Como vamos a hablar sobre Costa Rica, Uds. sabrán aplicar un juicio sabio a las humildes observaciones que siguen y su perdón a un español de forastero, apenas tanteando los significados. Déjenos volver a los contrastes.

Estos ya comienzan en el taxi. No habiendo atendido debidamente a mi despertador, estoy todavía entre mi cartapacio empacado a medias, el café sobre la mesa y el ropero, cuando pita –muy puntual– el taxista frente a la puerta. Le pido a señas que me espere un momento. El apaga el motor y deja tranquilamente que me termine de vestir y tome mi café con decencia. En el camino al aeropuerto – a las seis de la mañana – el taxista no presenta ninguna prisa. Bajamos la Uruca entre las casitas de madera, y luego, las gasolineras, ferreterías y agencias de carros que casi todas venden material importado en cantidades reducidas a consumidores con proyectos de pequeño tamaño.

Seguimos por la pista entre algunos bodegas aduaneras, etc. Y mientras hablamos, el sol naciente está pintando de un verde esmeralda a una exuberante flora que



se extiende de las orillas de la carretera hacia las montañas cercanas. El taxista cuenta que ya tiene casi treinta años en su oficio. Que antes –¡¿cómo no?!– era mejor, pero que hoy tampoco es malo. Sí, hay mucho tráfico y la gente acostumbra dormir frente a los semáforos verdes y ocupa dos carriles con un carro. Pero todo va a paso lento, así que ni él como taxista es un candidato al hinchazón del hígado ni al infarto cardíaco. Aquí, siempre tenemos tiempo, añade.

San José – Miami / Miami – Rio de Janeiro.

Llego a las seis de la mañana. El taxi es amarillo y nuevo en vez de rojo y viejo. El taxista –a pesar de ser con mucha probabilidad carioca –es algo tenso y nervioso. Sale el sol. Ilumina el agua de la Bahía de Guanabara completamente contaminada y un desierto de casas y fábricas que se extiende al norte entre una neblina gris hacia las montañas lejanas. Ilumina la autopista Linha Vermelha, completamente congestionada y el estrecho cordón de pistas suburbanas, grúas portuarias, almacenes y edificios industriales que constringe hacia el este al centro citadino. En la calle se ven automoviles de producción brasileña y rótulos comerciales que propagan –entre lo habitual de Sony y Mitsubishi – productos electrónicos nacionales; en el aire sobre el cercano aeropuerto nacional Santos Dumont aviones hechos en Brasil. El taxista habla poco y corre, donde es posible, de manera riesgosa para meterse en cualquier espacio alcanzable y robarle los kilómetros al reloj que ya avanza implacablemente rápido a esta hora temprana. Desde el Corcovado saluda el Cristo,





pero no observa, ya que su mirada no está sobre la ciudad sino fijada en la contaminación del horizonte. De regreso, voy de nuevo al aeropuerto, subo al avión y aterrizo en San José, no sin haber contemplado desde el avión las pequeñas ciudades y aldeas costarricenses con templos blancos en un paisaje verde. Retomo también aquella imagen de la primera plana de La Nación: Fernando Henrique Cardoso le regala una artesanía, un tucán, a José María Figueres. Llevar tucanes a Costa Rica, acaso no es como llevar café a Colombia o hierro a Vizcaya? ¿Porqué es que Cardoso no le regala un pequeño producto de la fabricación industrial de Brasil, una pieza de arte de electrónica aeronáutica o una piedra preciosa del suelo brasileño? ¿Por qué diablos es un tucán? ¿Acaso quiere decirle al mandatario costarricense: mire, señor Figueres, nosotros también tenemos artesanía, también tenemos selva y animales salvajes? Sería burdo, una ridícula auto-humillación intelectual. Pero ¿qué le quiere decir con este regalo? Quizás esto: Estimado José María, lo de los tucanes, la artesanía, el turismo y la ecología, ese es tú ámbito –quédate con eso, concéntrate en eso, pero no te jactes de presentarte como un *global player*– un jugador global.

Esta sería una interpretación arrogante, por cierto. Pero no sería ingenua. En el juego de la globalización, no solamente hay que contar con la arrogancia de los pudientes como un ingrediente accidental. La arrogancia, que deja morir tranquilamente al débil sólo por su incapacidad de competir, es más bien el lubricante de la universalización de



una competencia sin límites. Y frente a esa arrogancia, lo único que cuenta es la capacidad real de luchar por un espacio. La ingenuidad, por el otro lado, está condenada de antemano al fracaso. La ignorancia de las condiciones reales de competencia internacional se paga con un precio alto. El querer meter de lleno en el juego de la competencia global con la ilusión de superioridad, es soberbia, es locura y equivale al suicidio social. La sabiduría política, por tanto, se muestra por un lado en el poder estimar las propias fuerzas, ventajas, oportunidades y limitaciones. Y por el otro se muestra en la capacidad de definir qué es lo deseable para un conjunto social, una sociedad, y cuál es el objetivo de actuar. Con otras palabras: se trata de esbozar *la sociedad deseable* dentro de los límites de lo posible, para no desembocarse a la desintegración social en el espacio borroso e ilimitado de lo *imposible*.

La sociedad deseable siempre está limitada por las posibilidades *reales* de una sociedad. Estas se determinan por lo que existe, por lo que se ha venido formando en el camino de la historia, por los recursos naturales y sociales, la forma en que se han venido organizando las relaciones sociales y con ellas las relaciones de poder y los hábitos de la gente.

Ahora, miro a este país con los ojos de alguien de afuera que lo compara con otras naciones, y me pregunto ¿cuáles son sus características? El elemento más sobresaliente para mí es este: nos encontramos en un país aislado de





pequeños y medianos campesinos. En términos históricos, me parece, que son el aislamiento relativo frente al mercado mundial y la estructura de propiedad que han venido brindando el suelo para otros desenvolvimientos, como p.e. la democracia y una estructura social, ambas relativamente estables y equilibradas.

Comparemos con el vecino Nicaragua. Nicaragua, desde los inicios de la colonia, ha sido involucrado fuertemente en los procesos de intercambio. El gran lago era vía de tránsito comercial, las plantaciones de cardamomo eran destinadas hacia España, y muy rápidamente se desarrolló una brecha económica y social inmensa entre los ganadores de aquella integración y una masa quasi-esclavizada, compuesta de indígenas y colonos fracasados. La profunda contradicción social viene siendo un rasgo básico de aquel país. Esta estructura permanece hasta hoy día y se percibe tanto en las más sutiles como en las más visibles relaciones sociales.

En cambio, la Costa Rica colonial del Valle Central era un sistema social compuesto de colonos españoles. Los pocos indígenas anteriormente habitando el área fueron matados o se refugiaron en la sierra sureña, así que aquí se desarrolló una cultura de pequeños y medianos propietarios, con excepción de los cacaotales de Matina. La producción agrícola, en su mayor parte, se destinaba al autoconsumo, y no existía un involucramiento considerable al



mercado y a la política mundiales. Incluso la noticia de la Independencia llegó tarde a este rincón olvidado.

Sólo con la introducción del café y la correspondiente integración a la economía mundial, se comenzaron a diferenciar más las clases sociales. Sin embargo, hasta hoy Costa Rica se caracteriza –sobre todo en comparación con los países de la región, pero también en comparación con el Brasil– por una amplia clase media que amortigua objetivamente las contradicciones sociales. Hay conflictos sociales, pero de ninguna manera tan candentes como en el resto del subcontinente.

Esta sociedad de clase media ha ido garantizando la estabilidad social a costo de que nada y nadie sobresalga mucho –ni en lo económico, ni en ningún otro campo. *Aquí todos estamos en lo mismo. Aquí todos somos hermaníticos.* Frases que conjuran los espíritus de una sociedad, en la que todos son o pretenden ser de clase media, gente decente. No hay ejército ni policía unificada. La policía más bien se diversifica en un sinnúmero de unidades, cada una bajo mando diferente. Así ella no sacará mucho la cabeza para apoderarse ni de la sociedad ni de los políticos que mandan. Por lo demás, *nadie* saca mucho la cabeza en *ningún* campo de actividades en esta sociedad. No porque uno esté bajo la amenaza de que se la corten; más bien alguien rápidamente tratará de bajarle el piso a uno (como dijera Yolanda Oreamuno). No puede ser que existan personas que sobresalgan mucho en una sociedad





cuyas bases se fundamentan en la pretensión de la igualdad y cuya realidad ha podido desarrollar un sistema de seguridad social, por cierto muy bueno en comparación con otros países del continente. Claro que hay muchas diferencias sociales; éstas, además, crecen con la integración del país al sistema neoliberal. Pero a pesar de las diferencias – todavía – existe, como trasfondo de los logros sociales, algo como una solidaridad sistémica y muy pragmática que hasta ahora ha podido proteger a la sociedad costarricense de una polarización fuerte e irrevocable.

La conciencia pública dice: *Todos estamos en lo mismo*. Esta es la condición para que la vida aquí presente esa tranquilidad, esa paciencia y amabilidad en el trato, que deja que el traje informal – pero no demasiado informal – sea suficiente, que la gente se hable de vos, que un doctor sea tranquilamente titulado de *muchacho* por una cajera del supermercado y mucho más...

Esta forma de vida tan especial ha comprobado su eficacia en la historia del país. Pero también tiene su precio. Tenemos que verlo y pido sus disculpas por mi franqueza como un amigo íntimo del país. El precio es el de una vasta mediocridad. Donde nadie puede sobresalir, ¿qué más queda? Yo no digo que en el país no haya gente de muy buenas calidades profesionales, intelectuales, empresariales etc. Costa Rica tiene sus personalidades excelentes. Pero lo que es excelente aquí, no tiene que serlo de por sí y con necesidad en otra parte también. Basta una mirada



sobre el campo más mimado de la nación: el fútbol. No necesitamos comentario. Para salir a un partido de calificación para el mundial en Honduras incluso faltaba el bus hacia el aeropuerto y no estaban en orden varios pasaportes de jugadores. Y lo más importante: los partidos de la selección durante toda la calificación no fueron precisamente la gran marcha triunfal anteriormente anunciada. Pero, aunque la *Sele* no gane ninguno de los partidos venideros ¿quién dice que un partido entre Saprissa y la Liga no es una cosa emocionante y gustosa para todos los Ticos y los extranjeros en el país? Ahora, ¿cómo está la cosa en el campo de las ciencias? Si no ha habido – según sepa yo – científico, filósofo o artista costarricense que haya producido una innovación de envergadura mundial en su campo, ¿quién dice que todos los que estamos aportando aquí no estemos haciendo algo realmente bueno y provechoso para la cultura de esta sociedad en particular? Algo que es útil para el uso en casa, ¿acaso no es bueno? Pero sin embargo: cuando un matemático de la UCR gana un importante premio internacional, en Costa Rica no se le hace mucha mención pública –pues, para bajarle el piso, ya que *aquí todos estamos en lo mismo*. Pero, con todo, se trata de una mediocridad sostenible.

Por el otro lado, existe *un mito* en este país, una ideología, que sugiere que aquí se está produciendo a pasos gigantes una excelencia en términos de competitividad internacional ilimitada.





Un mito que sugiere, además, que tal excelencia siempre es compatible con la estructura social y con la tranquilidad de la vida en el país. Este mito lo nutren, si veo bien, sobre todo las numerosas universidades privadas con sus ofertas aventureras y promesas vertiginosas de carreras académicas –las universidades privadas que, por cierto, en su mayoría son las instituciones más mediocres del país. El mito insinúa que, sin más, los individuos y finalmente el país se pueden hacer *global players*, tan sólo con una carrerita de MBA en una de esas instituciones.

Este mito de la excelencia de producción casera, globalmente competitiva, encubre los trasfondos históricos de las regiones del globo que son jugadores globales de verdad. Y encubre los costos de la excelencia en otras latitudes: el estrés y la neurosis como fenómenos generalizados, la especialización extrema, la dedicación totalizada, la velocidad desmesurada de los procesos sociales, el trabajo en función del proceso económico como tal y no en función de la calidad de vida humana, el exterminio de los recursos naturales y mucho más.

El mito de la excelencia universal me parece insostenible para este país. El mito de hacerse el país un *global player* anda mano a mano con una política de entrega total a los mecanismos de una economía neoliberal globalizada. Y anda mano a mano con la entrega de todos los campos de la vida social a la lógica de la economía. Hace algunas semanas hubo un comentario de Aurelia Dobles



en *La Nación*. Ella criticó la propuesta de uno de esos economistas globalizadores de que sólo las carreras económicamente valorizables serían dignas para ser mantenidas en las universidades. La filosofía, la historia, el arte, la música, la literatura, gran parte de la antropología y la sociología también –en breve: todas las artes en las que el ser humano trasciende el sentido primario de un cerdo buscando castañas–, todas estas artes de ese modo irían a ser aniquiladas de la política educativa. Yo coincido plenamente con la opinión de Aurelia Dobles: tal postulado es nocivo para la salud del país. Es nocivo porque sofoca el *pensamiento nacional* acerca de la *condición nacional*. Y es este pensamiento genuino y nacional –y no el evangelio del mercadeo directo, del *lean management* empresarial etc. impartido en las salas de convenciones de hoteles en la pista hacia el aeropuerto... –, es el pensamiento genuino y nacional que puede brindar líneas de orientación acerca de lo que puede ser la sociedad costarricense deseable y posible, frente a y dentro del marco de una creciente globalización económica.

Costa Rica ha podido desarrollar, durante su historia, una sociedad bien particular con muchas ventajas para la mayoría de sus habitantes. Lo ha podido hacer a causa de un aislamiento relativo del sistema mundial –y justamente por su no- integración. Ahora, no digo que el camino del país en un futuro debería ser el de un aislamiento continuo. Pero sí digo que el enfrentamiento con los desafíos de la globalización no puede darse simple– y solamente





sobre el campo económico. Y digo también, que tienen que calcularse muy cuidadosamente las capacidades reales de la sociedad y los *objetivos sociales* a alcanzar con una integración parcial. Con otras palabras: abogo por la primacía de la política sobre el funcionamiento ciego de los apetitos económicos. La ilusión de poder hacerlo todo con excelencia se verá muy rápidamente sofocada bajo la presión de una competencia insuperable. Los supuestos productores de excelencia se volverán en puros consumidores por excelencia de bienes económicos y culturales hechos afuera, y con el tiempo se les acabará incluso la plata para consumirlos. Ni el Brasil se precipita con la liberación de la economía exterior y la entrada de lleno a la globalización económica; calcula muy cuidadosamente sus oportunidades. El reverso a Clinton en su viaje al Brasil hace poco lo demuestra.

Acordémonos del taxista costarricense. El hombre no tenía mayores problemas de salud a pesar de trabajar casi treinta años en el taxi. Tiene su tranquilidad y vive su vida a gusto. Esto significa calidad de vida. En los países del norte – azotados desde hace tiempo por el estrés y el ritmos de la economía a 200 Megahertz – desde hace algunos años la gente ha vuelto a recordar los valores de la lentitud, y hasta economistas retan con la necesidad de bajar la velocidad de los propios procesos económicos. En el futuro ya no será la pura maximización de la producción, el crecimiento del producto interno bruto, el ganar plata, lo que significa calidad de vida. El filósofo social y



escritor alemán Hans Magnus Enzensberger ubica los valores del futuro de manera diferente: el espacio y el tiempo para vivir, la tranquilidad y el silencio, la participación en relaciones sociales humanamente manejables y con una naturaleza intacta —por supuesto, todo esto bien repartido y con el fundamento económico necesario. Costa Rica ya tiene bastante de eso. Para proveer el fundamento económico será inevitable participar de cierto modo, bien planificado, en la economía globalizada. Pero yo creo que la historia costarricense provee un limitante a esa participación que puede servir como orientación también: no dejar que la participación en aquella economía imponga la destrucción de las instituciones y del modo de vida de una sociedad democrática y relativamente equilibrada.

En la medida en que el país se integre económicamente al proceso de la globalización, tiene que buscar consolidar las fuerzas sociales y políticas que contrarrestan las influencias económicas externas y que regulan los procesos dentro de la sociedad, o sea entre otros:

- * El ejercicio pleno de la ciudadanía por parte de todos los costarricenses, promovido por la educación política;
- * El fomento de la solidaridad, promovido por proyectos de organización social en todos los sectores;





- * El fortalecimiento de iniciativas económicas nacionales y la protección de productores nacionales amenazados por actores económicos extranjeros.

No basta la pobre ilusión de poder hacerse un *global player* así nomás. Delirios de grandeza no sirven para enfrentar la realidad. Si lo entendemos en este sentido, el regalito de Fernando Henrique Cardoso a José María Figueres, aquel tucán misterioso, quizás era de veras un símbolo sabio. E igualmente el título que le dió *La Nación* a esta foto era bastante acertado:

Adios Brasil.





© Editorial Fundación UNA
Apartado 86-3000
Heredia, Costa Rica
Hecho el Depósito de Ley
Derechos Reservados

Este libro recoge las intervenciones de las Tertulias del Farolito de 1997, organizadas por la Escuela de Filosofía de la UCR, el suplemento cultural Ancora y el Centro Cultural de España.

Se publica gracias a la cooperación del Centro Cultural de España.

Aprobado por el Consejo Editorial

Edición Gráfica: Proyectos Creativos S.A./Ileana Ondoy
Ilustración de Portada: Detalle de las obras: "Serie imágenes del poder" de José Miguel Rojas y detalle de Cromoxilografía, "Nos observan" de Rolando Garita, tomadas del catálogo de la colección de obras del Museo de Arte Contemporáneo.

102

p428p La percepción de lo político en Costa Rica/
Compiladores: Alexander Jiménez, Jesús Oyamburu,
Miguel Ángel González.--1a. Ed. Heredia, C.R. :
EFUNA , 1998. 282 p.; 21 X 14 cm

ISBN 9968-14-54-6

1. Filosofía-Ensayos 2. Ensayos .3. Política-Ensayos
I. Jiménez, Alexander. II. Oyamburu, Jesús. III.
González Miguel Ángel. IV. Título.

Editorial Fundación UNA

Apdo: 86-3000

Heredia, Costa Rica

Teléfonos: (506)262-0505

(506)277-3496

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, sin el consentimiento expreso por escrito de la EFUNA .

LA PERCEPCIÓN DE LO POLÍTICO EN COSTA RICA

*Alexander Jiménez M.
Jesús Oyamburu
Miguel Ángel González
Compiladores*



TERTULIAS DEL FAROLITO

